

La joven editorial Muñeca Infinita recupera este clásico de **Kay Boyle** que reflexiona sobre las elecciones éticas

Gran literatura rescatada del olvido

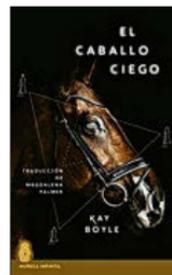
por **ADRIANA BERTORELLI**

«Madre... tú puedes tocar la muerte y después limpiártela de las manos con un pañuelo, y tocar el dolor sin arderarte, pero ya no puedes abrazarme cuando estoy contigo y tengo miedo. Madre, dijo en silencio sin mirar al pájaro, sal de tu pétrea carne y tócame también...». Este pasaje al principio de *El caballo ciego*, puede considerarse una emboscada. A partir allí no queda más que rendirse ante la pluma de Kay Boyle (Minnesota, 1902) porque esta mujer sabía bien lo que hacía. En

una carta le confiaba a su hermana: «es lo mejor que he escrito». Y esto, viniendo de la autora de más de 45 títulos entre novelas, cuentos y poemarios, no era una sentencia autocomplaciente.

Es injusto que se conozca tan poco de Boyle. Escritora, traductora, articulista, luchadora por los derechos civiles, corresponsal de *The New Yorker* vetada y perseguida por el macartismo, en 1933 ya escribía sobre el amor entre dos hombres sin el menor sonrojo, desafiando el poder y la falta de igualdad. Hasta en los peores momentos de persecución política, Boyle se defendió con feroz integridad y se negó a ser domesticada.

En *El caballo ciego*, fechada en 1939, ofrece una mirada íntima, casi costumbrista y llena de símbolos, sobre las relaciones de una familia minúscula: una madre controladora, un padre borracho y apocado y Nan, la hija, descubriéndose en su paso a la adultez. Los tres enfrentados en un dilema moral cuando el caba-



KAY BOYLE **EL CABALLO CIEGO**

Traducción de Magdalena Palmer. Muñeca Infinita. 166 páginas. 18,95 €

llo de la chica queda repentinamente ciego. El poder del amor y las elecciones éticas en torno a dramas cotidianos resultan en una épica existencialista que trasciende lo evidente. A través del caballo Nan reinventa el vínculo con su padre y le reasigna la autoridad que éste ha perdido a fuerza de alcohol y malas decisiones. Boyle balancea bien los pesos entre lo femenino y lo masculino. No es casual que el nombre elegido para el padre, en su masculinidad mermada, sea Candy, nombre comúnmente usado por mujeres.

El relato se construye sólido y es extraordinaria la manera de insertar monólogos internos. Va en un lento *in crescendo* hasta que se tiene el corazón en un puño y las últimas 40 páginas son una clase magistral de cómo construir una tensión que no deja sosiego. Una pequeña obra de arte, potente como una bala, para abrir el catálogo de una nueva editorial y eso, también, es una gran noticia. **L**